

El secreto de Godofredo

Romeu

Ya desde su más tierna infancia Godofredo intuyó que sus padres no eran sus verdaderos padres.

Además, varios indicios se lo confirmaban clarísimamente.

De entrada él era rubio como el trigo, su cuerpo era armonioso como un junco y su voz hermosa como el trinar de las grajillas, mientras que sus padres eran bajos, morenos renegridos, ella gorda como un tonel y él flaco y torcido como una cepa vieja, tenían la voz ronca, ella

de tanto llamar a las gallinas y él de tanto chillar a los corderos. No se le parecían en nada.

Y su nombre, Godofredo. En un pueblo en el que todo el mundo se llamaba Pepe, Manolo, Juanito o Canuto (eso era en nombre del santo local) y ellas, Paqui, Loli, Pepi o Fuenciscla (que iba por la mártir del lugar), Godofredo llamaba mucho la atención.

Y su talante. Le gustaba la lectura, montar en la mula y ser el rey de todo lo que se organizase en el pueblo, cuando al resto de los otros niños lo único que los motivaba era perseguir a los gatos, tirar piedras a los pájaros y asistir a la castración de los cerdos.

Además, todo aquello de las faenas agrícolas, escardar, podar, injertar, alomar, regar, sulfatar y cosechar, alimentar, ordeñar y en ocasiones sacrificar el ganado, no era lo suyo y el tiempo que tomaba todo aquello y casi todo el rato al aire libre, seis o siete horas diarias incluidos los fines de semana le resultaba insoportable.

De forma que, un día en el que ya no le quedó la menor duda de que sus padres no eran sus padres y coincidiendo con su séptimo aniversario, sentado a la mesa frente a los restos del pastel de moras que su supuesta madre le había confeccionado en su honor, se dirigió a ellos con las siguientes palabras:

—Sé que aunque me amáis como a un hijo, amor al que yo correspondo con todas mis fuerzas, vosotros no sois mis verdaderos padres y quiero una explicación de por qué estoy aquí.

Manolo soltó un respingo y la curtidá piel de su rostro adquirió un color gris ceniciento.

Fuenciscla, al contrario, se puso roja como un tomate y se echó a llorar, abundantemente pero en silencio.

Silencio que duró tres largos minutos hasta que Manolo carraspeó, miró a su mujer y se volvió hacia Godofredo, todo el rato sin parar de carraspear.

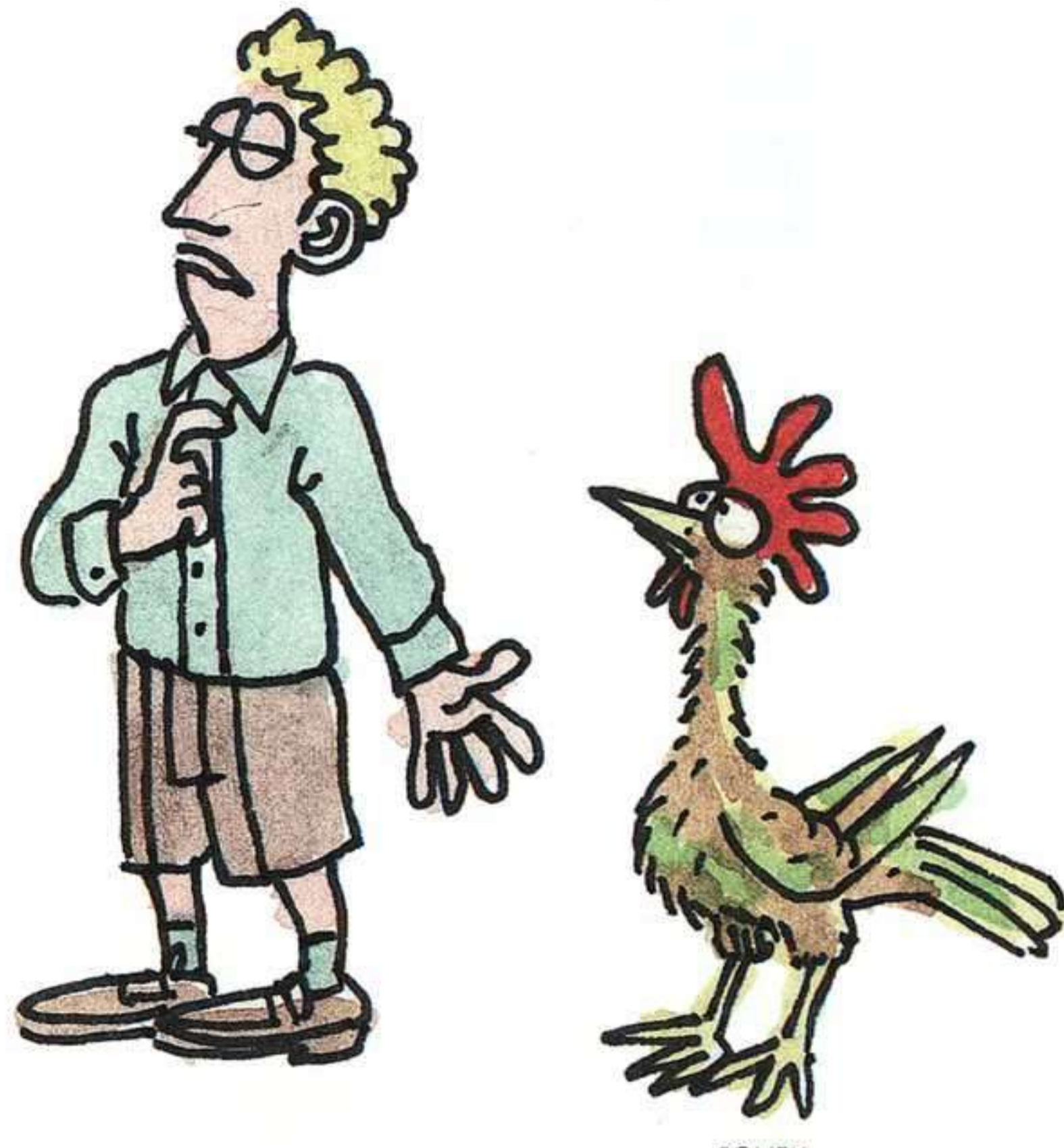
—Nos hacíamos la ilusión de que no lo notarías nunca —hizo una pausa muy sentida— pero, en fin, has de saber que cuando el médico nos dijo que nunca podríamos tener hijos a Fuenciscla le cogió una depresión que casi se muere y entonces decidimos adoptar uno, pero la lista de espera era tan larga y nosotros tan poco interesantes para la administración que lleva esto, que lo dejamos por imposible e iniciamos los trámites para adoptar una niña chinita, pero el presupuesto era muy superior a lo que podríamos ganar en cien años. Y una tarde en la que estábamos en Madrid de visita a unos primos y paseábamos cerca del Palacio Real, vimos a una niñera muy elegante que paseaba un carrito con un niño recién nacido.

—¡Eras tan mono! —le interrumpió Fuenciscla dejando de moquear por un instante.

—A la niñera le entraron ganas de orinar y nos pidió que vigiláramos el cochecito mientras ella iba a los urinarios públicos que estaban al otro lado del parque —prosiguió Manolo aparentemente imperturbable pero retorciéndose las manos.



ROMEU.



ROMEU.

—¡Entonces yo te cogí y eché a correr contigo en brazos, eras tan mono! —volvió a interrumpirle Fuenciscla con los ojos muy brillantes.

—Y yo la seguí, fuimos hasta la estación y cogimos el tren hasta el pueblo —culminó su relato Manolo.

Fuenciscla se levantó de su asiento, fue hasta la cómoda, abrió un cajón y mostró a Godofredo una prenda minúscula con una gran corona bordada en oro.

—¡Mira el vestidito que llevabas, estabas tan mono! —suspiró la buena mujer.

—Entonces, soy un príncipe —se sonrió para sus adentros Godofredo— supongo que estaréis al tanto de que habéis cometido una ilegalidad de lesa majestad.

El matrimonio asintió en silencio bajando los ojos.

—Pues quiero recuperar el rango y la vida que me corresponden y no admito la menor discusión. Mañana me lleváis en tren a Madrid y me dejáis frente a las puertas de palacio.

Y así se hizo. Godofredo fue acogido en palacio con la natural alegría que se vio confirmada diez días después, una vez que las pruebas del ADN resultaron positivas.

No se sabe por qué razón, Godofredo ocultó celosamente quiénes eran sus raptos ni en dónde había vivido ni cómo durante aquellos siete años. El psicólogo real afirmó que eso era una consecuencia del trauma soportado y que, en su momento, el príncipe, ya desvelaría el misterio de su desaparición. O no.

E inmediatamente se iniciaron los fastos regios para la celebración de la recuperación del príncipe heredero desaparecido y reencontrado.

Al principio, Godofredo disfrutó mucho de su nueva situación. Su verdadera mamá era una mujer alta y hermosa, exquisitamente educada y encantadora que lo cubrió de besos y mimos, lo vistió como a un príncipe (¿cómo iba a ser si no?) y lo abrumó a regalos, todos los juguetes posibles e imaginables e incluso un poni. Su padre, el rey, un hombre alto, guapo y muy inteligente, se mostró

muy cariñoso con él y le dijo que le iba a enseñar a navegar a vela. Y todo el mundo lo trataba como a un príncipe.

Le dieron una habitación como un campo de fútbol en la que había una cama tan grande como toda la casita de Fuenciscla y Manolo y le servían el desayuno en ella.

Así pasaron tres maravillosos días hasta que al cuarto y mientras desayunaba unos huevos poché y unos *croissants* de mantequilla, el gran chambelán entró en el cuarto y sin más ceremonia se sentó a su lado en la cama.

—Majestad, ha llegado el momento de que recuperéis vuestra condición de príncipe heredero —le soltó levantando mucho la nariz.

—¿Y eso qué significa?, ¿no está ya mi padre para reinar?, ¿qué tengo yo que hacer? —le replicó sorprendido Godofredo.

El gran chambelán abrió una carpeta muy elegante de cuero negro que llevaba y le sonrió.

—Por lo pronto os matricularemos en una escuela privada por las mañanas y

por las tardes entraréis de alevín en una prestigiosa escuela militar. En los recreos, para descargar a vuestro padre de algunos actos, inauguraréis fábricas, asilos para ancianos, calles, simposios y algún pantano. En el tiempo libre de la academia militar, presidiréis actos benéficos, desfiles, actos deportivos, juegos florales, consejos, juntas y clubs e iréis a dar el pésame a las viudas y huérfanos.

Godofredo tragó saliva.

—¿Y los fines de semana? —preguntó con un hilo de esperanza.

—Ahí llega lo bueno, asistiréis, siempre que no haya recepciones en palacio,

visitas de embajadores ni festejos, a cursos de vela, de remo, de equitación, de golf y de tenis, nuestra familia real siempre ha sido muy deportista, ah y también recibiréis por parte de un instructor privado cursos acelerados de etiqueta y protocolo, y cómo no, de bailes de salón y rudimentos de violín ¿no está mal, eh? —el gran chambelán parecía entusiasmado por el programa.

—¿Y cuándo tendré tiempo libre para mí? —preguntó Godofredo tratando en vano de tragar saliva.

El gran chambelán se escandalizó.

—¡Nunca, os debéis a la corona que a

su vez se debe a la patria, todos los segundos de vuestra existencia han de estar dedicados exclusivamente a cumplir con vuestro deber, primero de príncipe heredero y después de rey! —bufó irguiéndose.

—Ah, bueno, vale —le respondió Godofredo poniendo cara de póquer.

Esperó a que el gran chambelán, después de tres o cuatro reverencias, desapareciera por la puerta para saltar de la cama, vestirse con la ropa que le pareció menos regia y asomarse al pasillo.

Había un guardia al lado de la puerta que se le cuadró en el acto. Lo conocía, se lo habían presentado y recordaba su nombre, Crispín.

Godofredo le sonrió.

—¿Crispín, amigo mío, me puedes prestar treinta euros? —le preguntó.

A Crispín, de la emoción se le cayó el fusil al suelo, pero sacó una cartera del bolsillo posterior de su pantalón y le tendió dos billetes de veinte.

—No tengo de diez, disculpad —farfulló.

—Te lo devolveré de aquí a unos días.

Godofredo, que gozaba de muy buena memoria, recorrió el palacio por los pasillos que sabía menos frecuentados hasta el jardín y se ocultó junto a la puerta de servicio, esperó a que una furgoneta de reparto se detuviera para que le abrieran la reja y se coló en la caja. Contó los semáforos y al que hacía seis o siete, abrió la puerta de la caja y se apeó.

Y como preguntando se va a Roma, preguntando también se llega a la estación del ferrocarril.

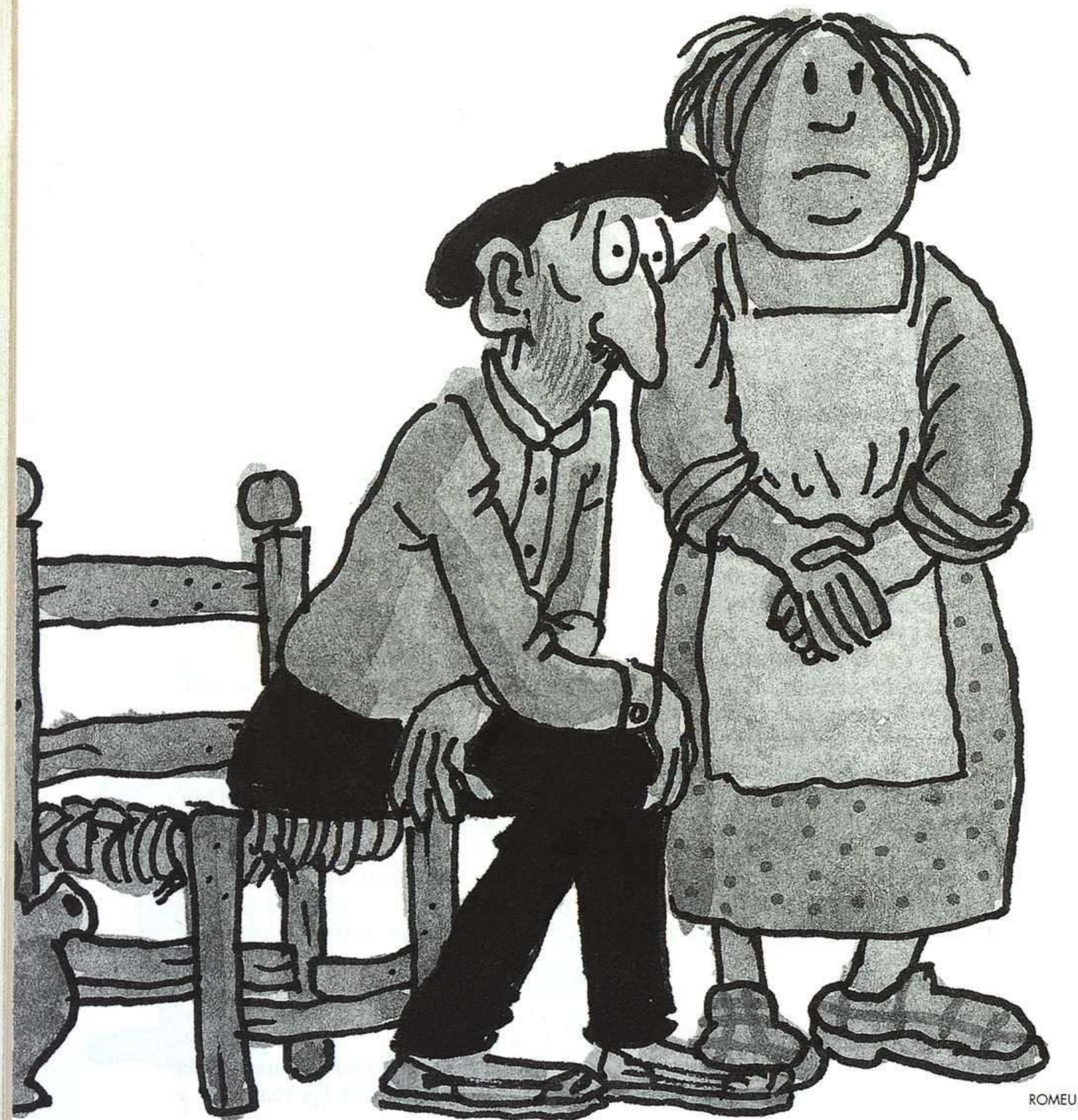
Al de la ventanilla le dijo que viajaba con su abuela que se había sentado porque le dolía la prótesis de cadera y el hombre se lo creyó y le vendió dos billetes.

Billetes que le enseñó al revisor diciendo que su hermano se había levantado, no sabía si para ir a orinar o para intentar ligarse a una chica del vagón de delante, y también le creyó.

Se apeó en el feo pueblo de sus falsos padres y recorrió los tres kilómetros que lo separaban de la granja.

Y cuando Fuencisla y Manolo le preguntaron asombrados que cómo era que había vuelto, Godofredo se limitó a responder:

—¿No os lo dije? Como en casa, en ningún sitio.



ROMEU.